



... de 6 a 8 años

El amigo Pérez y otras cuestiones así

Iris Rivera (textos)

Vanessa Zorn (ilustraciones)

Buenos Aires: PlanetaLector, 2017



Hola, colegas docentes.

Lo que sigue es para ustedes¹.

El ciclo de la palabra

Estamos convencidos de que, para un docente-mediador, hay una interesante distancia entre pensar la lectura como un hábito (el tan trillado *hábito de la lectura*) y pensarla como un “lugar habitable”, un “espacio a habitar” en el que no necesariamente estaremos solos aunque también podamos estarlo, si queremos y tenemos la oportunidad.

Palabra dicha, palabra escuchada, palabra escrita, palabra leída: cuatro momentos en el ciclo, siempre en movimiento, de la palabra. A ese ciclo entramos cuando nacemos y a él nos incorporamos a medida que nos vamos volviendo hábiles, competentes, vigorosos en el uso de la palabra.

No podemos referirnos a la *lectura* prescindiendo de los otros tres momentos del ciclo. Y en “la conversación en grupo” sobre libros —también sobre este en particular— se ponen en juego todos ellos: hablar, escuchar, escribir, leer.

Nuestra historia como lectores es también nuestra historia como hablantes, oyentes, escribientes, pensantes. Es la historia del ciclo que la palabra hace en nosotros todo el tiempo.

¿Cómo favorecer el desarrollo vigoroso de estas competencias en nosotros mismos como mediadores y en nuestros destinatarios, los chicos? Poniéndolas en juego con todo lo que la expresión “poner en juego” implica. Así planteado, no se trata de un juego de preguntas y respuestas donde hay uno que sabe y los otros tienen que acertar. Es otra clase de juego, como el de la vida, donde las respuestas son siempre provisorias y las preguntas siempre se están reformulando. No es lo

¹ Las ideas expresadas en este apartado se encuentran ampliadas en la Conferencia de Cierre de las Jornadas Regionales de Literatura Infantil y Juvenil organizadas por la Cátedra Libre de LIJ de la Universidad Nacional de la Patagonia en 2016. Para acceder al texto completo: www.youtube.com/watch?v=eo3iH9YOMvY y www.youtube.com/watch?v=tWz-mxGpRF4Y



mismo un interrogatorio que un diálogo. No es lo mismo responder a las preguntas que nos hacen que decir en voz alta las preguntas que nos hacemos. No es lo mismo alguien que pide que contestemos sus preguntas que otro que nos habilita para formular las nuestras.

Al hablar de libros en general —y de este en particular— estamos hablando de oportunidades de encuentro entre los grandes y los chicos, los grandes y los grandes, los chicos y los chicos. Hablamos de leer, pero también de hablar. De leer y decir, de escuchar decir, de decir y ser escuchados, de recibir palabra y devolver palabra. Palabras de esas que hacen sentir, que organizan pensares, que incitan a decir. Hablamos de entrar por la palabra al misterio de las otras personas y al grande, gran misterio que cada uno es para sí mismo. Los libros están ahí como puerta de entrada, como ocasión propicia. Están en la escuela que se convierte en “La Gran Ocasión”, como dice la escritora argentina Graciela Montes.

Se trata de una ocasión grande que parte de la escucha. Porque escuchar no es solo oír, es también demorarse en oír. Pero no desde el ruido que nos hace por dentro nuestro propio “estar pensando”, sino desde el silencio que abre una puerta hospitalaria a la palabra del otro, así como lo muestra la antropóloga francesa Michèle Petit. Si soy docente o bibliotecario (es decir, si soy un mediador) esto implica hacer silencio de mí para dejarme alcanzar por las voces de los otros. Al escuchar, el sitio de privilegio se lo concedo al otro. Mis ideas previas, mis palabras se callan, se a-callan para poder recibir las palabras del otro, para hacerle lugar a lo que tiene de único, de diferente, de singular. Y voy a la sorpresa, a lo que hay en el otro de imprevisible para mí, a lo que contiene, a lo que lo contiene y lo desborda, a lo que es.

El otro es otro adulto o es un chico. Yo mismo soy el otro de los otros. Y, en el medio de todos, las palabras.

Un mediador no es alguien que abandona el grupo a su suerte, lejos de eso, es un coordinador que todo el tiempo hace cosas desde el acompañamiento:

- Valora los saberes de su grupo y lo hace saber...
- Toma lo que alguien dijo y lo devuelve al grupo...
- Amplía, sugiere, acompaña...
- Respeta los silencios. *Que alguien no intervenga en la conversación no quiere decir que no esté sintiendo, pensando...*
- Está presente pero sin protagonizar ni monopolizar; da su opinión y escucha las consideraciones del grupo. Cuando toma lo que alguien dijo y lo repite, lo que hace es mostrar que eso que dijo vale, que vale para seguir conversando.
- Admite que los alumnos le pregunten a él o se pregunten entre ellos.
- Abre la discusión cuando parece cerrarse.
- Convida (lee un fragmento, cuenta algo acerca de un libro, lo muestra...), y acepta ser convidado.



- Genera, incentiva, da curso a las iniciativas que surgen. Contagia su entusiasmo por leer, descubrir, conocer.

Un mediador no es medianera, es puente. Se va convirtiendo en puente. El caso es cómo hacerlo. He ahí la cuestión.

La primera condición del mediador es la escucha. Y *escuchar* no es lo mismo que *oír*, así como *mirar* no es lo mismo que *ver*. Un mediador no se conforma con que sus alumnos vean, los invita a mirar. Un mediador no recibe la palabra del otro “como quien oye llover”: la escucha.

La democracia de la palabra

La característica por excelencia del mediador, sostiene la especialista Cecilia Bajour, es la valoración de la palabra del otro, cualquiera sea esa palabra. Un mediador no es alguien que detenta el poder sobre las lecturas ajenas: es nada más —y nada menos— que un lector dentro de una comunidad de lectores. Es un lector generalmente más entrenado o con mayores competencias que sus alumnos, por eso es quien coordina, pero sus mismas competencias le hacen ver que un texto literario no tiene una sola lectura, sino un abanico de lecturas posibles y que cuanto más conversemos sobre él, más podremos abrir ese abanico. Un mediador es un lector con derecho a opinar, pero no alguien que tiene la palabra última... en principio porque, tratándose de leer literatura, no existe la llamada “última palabra”. El mediador necesita “aceptar al otro en su diferencia, su lectura y su visión del mundo con esa diferencia aunque no coincida con ella”, así lo dice C. Bajour. Esta democracia de la palabra pone a un costado también la sobreprotección. Son posibles y deseables las escenas en que los lectores quedan —según esta misma autora— “inquietos o en estado de pregunta”. Y está claro que no se refiere a la pregunta de un cuestionario, sino a la incertidumbre, a las preguntas internas que generan la literatura, el arte, la vida.

Un mediador que busque desarrollar la imaginación, la creatividad de sus alumnos, necesita ser desafiado a cultivarlas en él también. Y eso es lo que nos proponemos. Por eso ahora tampoco es el momento.

Para un mediador como el que estamos postulando, nunca hay una sola solución ni una única lectura posible. Toda palabra que venga de los niños y niñas a su cargo es recibida desde la escucha, es puesta en valor y puesta también a consideración del grupo. Cuando el mediador toma la palabra de un chico y la repite en voz alta, el que se atrevió a decirla siente que su palabra vale, que aporta y colabora para que los otros sigan diciendo la suya, pensando y dando a pensar.



No es buena idea que el mediador se guarde su opinión y no la exprese, pero tampoco es buena idea que la diga antes que nadie ni que su lectura sea tomada como la única posible o como la mejor.

La lectura del adulto mediador, sobre todo tratándose de literatura, es una lectura más dentro del abanico de lecturas posibles. Entonces su lectura:

- Resultará bienvenida, si retoma las lecturas de sus alumnos y las vincula con la suya, a modo de balance siempre provisorio.
- Resultará interesante, si el mediador muestra cómo su lectura previa se vio enriquecida por las lecturas diversas que aparecieron en la conversación con los chicos.
- Resultará enriquecedora, si logra subrayar cosas en las que no se le hubiera ocurrido pensar de no ser porque algunos chicos las mencionaron.
- Resultará muy útil, si puede mostrar en qué argumentos se sostiene su punto de vista.
- Resultará de gran aporte, si ayuda a vincular este libro con otros que ellos ya conozcan o puedan encontrar en la biblioteca de la escuela o del barrio.
- Resultará reveladora, si el mediador trae de su propia biblioteca otros libros que lo ayudaron a leer como hoy lee gracias a su propio camino lector que comenzó acaso cuando él mismo era un niño o que comenzó, cualquiera sea la etapa de su vida, cuando descubrió de qué manera se agranda el horizonte de una persona y también su lado de adentro, en el momento en que esa persona siente que los libros están al alcance de cualquier mano y que se le despierta el hambre de leer.

Una experiencia reveladora

En una experiencia así, los niños y niñas leen y sostienen su lectura con argumentos, y vuelven al texto para demostrar que esos argumentos tienen sustento. Es después y no antes, cuando el docente podrá dar su parecer sostenido por sus propios argumentos y mostrando, en el texto, en qué se basan. También dejando en claro que su postura es una dentro de las otras. Será la de un lector más experto que sus alumnos, por eso es quien coordina, pero sigue siendo una lectura más de la que no debería tratar de convencerlos. Y mucho menos destacar con su aprobación a quienes coinciden con ella.

Una vivencia así es fundante en la formación de lectores. Es a partir de ella que el mediador verá qué hace luego con un material tan rico y diverso como es el que surge de una auténtica experiencia de lectura.

Puede suceder que el coordinador no alcance a registrar la variedad y cantidad de aportes de los niños y niñas. En ese caso, resultará interesante, para que no



se pierda, contar con la ayuda de algún colega que se dedique a tomar notas. El docente a cargo del grupo en colaboración con el bibliotecario puede ser una dupla interesante. También dos docentes de grupos (paralelos o no). Lo importante es que ambos compartan el criterio de que vale la pena vivir una experiencia así, dejarla escrita, difundirla. Otra cosa que van a necesitar, seguramente, es estar preparados para el asombro.

Hola, lectores niños y niñas.

Lo que sigue es para ustedes.

1. Calentando motores

- Las historias de este libro son cuentos. ¿Ocurrieron de verdad? Ni de verdad ni de mentira.
- ¿Cómo? No ocurrieron de *verdad*: lo que se cuenta no sucedió en la realidad-real. ¿Entonces es mentira? Tampoco: los cuentos no están escritos para engañar a los lectores, sino para jugar con ustedes a crear otros mundos.
- ¿Y de qué trata el juego? De una invitación: quien escribe les dice “¿Hacemos de cuenta que esto pasó?”. ¿Y entonces? Si aceptan la invitación, el juego empieza.
- ¿Pero dónde sucede el juego si no es en la realidad-real? En otro mundo que van creando juntos quien escribe y ustedes. ¿Otro mundo? Sí, el mundo de la ficción. Lo que sucede mientras jugamos, ocurre de verdad... en ese mundo.
- ¿Están ustedes invitados al juego? Claro que sí. ¿Jugamos entonces? La respuesta es de cada lectora, de cada lector.

2. Preparados, listos... ¡ya!

- Mientras el cuento avanza, quien escribe va dejando *indicios* para que ustedes puedan imaginar lo que ocurre y lo que tal vez ocurra después. Una de las gracias de leer un cuento está en enterarse, de a poco, de lo que pasa y de lo que puede llegar a pasar.



... de 6 a 8 años

- Los escritores de cuentos conocen algunos trucos. Se guardan secretos en la manga, como los ilusionistas. El juego es así: el que escribe juega a sorprenderlos.
- Y ustedes, mientras leen, juegan a descubrir lo que todavía las palabras no están diciendo (lo que esconden). Cuando termina el cuento, a lo mejor les gusta haberse dado cuenta de cómo iba a terminar y decir “¡Acerté!”.

O a lo mejor les gusta que termine de una forma que no se les había ocurrido.

¿Y quién gana en este juego? Todos.

¿Por qué? Porque nos mudamos a un mundo nuevo que crece dentro de nosotros.

¿Hay espacio para que crezcan mundos dentro de nosotros? Claro que sí: hay un espacio infinito.

¿Y qué pasa con ese mundo cuando termina el cuento? Se queda con ustedes en ese espacio. Lo guardan ahí: es un sueño que soñaron sin dormir.

¿Y si quieren volver a soñarlo? Fácil: abren el libro y volvemos a jugar.

3. Seguimos en carrera

Este libro contiene tres cuentos. Son tres historias para soñar con ojos muy abiertos.

Si abren los ojos de afuera, pueden leer las palabras y ver las imágenes. Si miran con los ojos de adentro, pueden ver como en un sueño, lo que está pasando en cada cuento. Todo tiene color, movimiento, sabores, olores, sonidos. Hasta pueden tocar lo que ustedes quieran. Igual que en los sueños que soñamos dormidos.

- Algo así es lo que hizo la otra autora de este libro: nuestra ilustradora Vanessa Zorn. Vanessa convirtió algunas situaciones en imágenes. Algunas, no todas. Por eso, como lectores, seguramente ustedes imaginan las otras escenas



que Vanessa no dibujó. Y pueden hacer lo que ella hizo: ver esas escenas con los ojos de adentro, prestar mucha atención a los detalles, colores, movimientos, expresión de las caras, gestos... y representar lo que Vanessa dejó sin mostrar.

- Pueden, además, crear sus propios personajes para cada cuento. Esos que por ahí son diferentes a los que soñó Vanessa. Hasta los pueden crear con imágenes de revistas, cortando y pegando un cuerpo de aquí, una cabeza de allá, unos brazos de una foto, unas piernas de otra, y así. Pueden hacer esto solos o en grupo, en tamaño grande, mediano o pequeño. No hay reglas fijas: se trata de crear, de ser autores y autoras. Y ya que están creando, pueden también crear las reglas.
- Entonces ¿qué impide imaginar otras aventuras que involucren al Ratón Pérez, a Papá Noel, a los Reyes Magos, a algún niño o niña en el día de su cumpleaños o en otro día cualquiera?
- ¿Y leer lo que escribieron en voz alta para que lo sueñen otros? Claro que sí.
- ¿Y armarse un libro artesanal con un cuento que sea de un autor o autora y unas imágenes que sean de otro autor o autora? Por supuesto.
- ¿Y si se les ocurre crear algo que solo a ustedes se les podría ocurrir? ¡Mejor que mejor!

4. Llegamos a la meta

● Juego del intercambio

Jugadores: 2

Se necesita: el mazo de cartas que está abajo, compuesto por fragmentos de los tres cuentos que leyeron y un comodín.

¿En qué consiste el juego? En reunir 4 párrafos de un mismo cuento.

El “comodín” sustituye a uno de ellos.

¿Cómo se juega? Se sortea para saber quién es el primero que reparte.

Ese jugador barajará el mazo y lo dará a cortar a su compañero, tras lo cual distribuirá cuatro cartas a cada uno.



Después pondrá otras cuatro boca arriba en el centro, al lado del resto del mazo (pozo), que dejará boca abajo.

Entre los dos (sacando por turnos) tienen que reunir dos juegos de cuatro cartas, intercambiándolas con las que están en el centro.

Si ninguna de las cartas centrales les sirve, se ponen aparte (descartadas) y se ubican otras cuatro nuevas. Este procedimiento se reitera hasta que reúnan cuatro.

Este juego se juega en la localidad de Anento, en España.

Quando abrí la boca,
el espejo del baño se
empañó.

A mí no me gusta ser el
del cumpleaños porque
¿viste que todos te
corren atrás?

Controlé diente por
diente con la lengua, con
un dedo. Uno por uno.
Pero, nada.

Lo que me gusta son los
regalos y también que mi
hermana revienta porque
los grandes me hablan
todos a mí.

Entonces busqué al
abuelo y lo encontré en
el galponcito del fondo
arreglando la manija de
la pava.

No las quiero más. Antes
me gustaban, pero
ahora no. ¿Por qué hay
que jugar a lo que ellas
dicen, a ver?



... de 6 a 8 años



Le mostré mis dientes,
todos en su lugar. Duros,
firmes.

Otra que me da bronca
es que tengo que invitar
a todo el grado porque si
no queda mal.

Un día antes de
Nochebuena cumple
años el abuelo Venancio.

Contando a mis primos
éramos como cuarenta.

De un momento a otro,
puede llegar la tía
Obdulia.

— ¿Cuánto falta para
que llegue Papá Noel?
¿Cuánto falta, eh?
¿Cuánto falta?



... de 6 a 8 años

Tiene fama de tía vinagre y el abuelo no la quiere nada.

Mi mamá estaba nerviosa. Bah... siempre está nerviosa en mi cumpleaños.

A la abuela Carmen la ponen nerviosa los festejos, las discusiones, las moscas y el calor.

— ¡Acabala, nene! — dice el abuelo transpirando al lado de la parrilla—. ¿No sabés que el reparto es lento?



Vida de Iris Rivera

Iris nació en Buenos Aires y tiene más o menos la edad de tus abuelos. Digo más o menos porque ella piensa seguir cumpliendo años. A los dos o tres días de nacida sus papás la trajeron a Longchamps, un pueblo a 30 km de la Ciudad de Buenos Aires. Digo que la trajeron porque no la dejaban viajar sola todavía. Después siguió creciendo como seguro te pasa a vos también. Y nunca se mudó de pueblo aunque ahora sí viaja sola y hasta sin pedir permiso.

Cuando tenía más o menos tu edad le gustaba jugar a la rayuela (era fanática), a la escondida (le gustaba librar para todos los compañeros), a las figuritas (una vez le ganaron la que más quería y lloró tanto que no podía parar), con las muñecas (no se le ocurría otra cosa para pedirles a los Reyes), aprendió a andar en bici (una vez se dio un golpe tremendo contra el árbol de la esquina). Andaba siempre con las piernas llenas de moretones y las rodillas raspadas. Le encantaba rascar las cascaritas hasta que sangraran, y después pedir



... de 6 a 8 años

socorro. Su papá se llamaba Oscar y su mamá se llama Betty.

Tiene un hermano menor con el que se llevaba como perro y gato. Ahora que los dos tienen como diez veces tu edad, se les fueron del todo las ganas de pelear. Desde que pudo leer, se pasaba y se pasa mucho tiempo leyendo. Y, apenas vio que podía escribir, escribió y sigue escribiendo cuentos, algún poema, alguna novela.

Trabajó como maestra de todos los grados y también, durante un tiempo, en un colegio secundario.

Se casó con Jorge y sigue casada. Tuvieron dos hijos: Martín y Andrés, que ahora son más altos que ellos. Y cuatro sobrinos: Fernando, Matías, Natalia y Rocío (por orden de aparición).

Como si esto fuera poco, llegaron los nietos: Joaquín, Tomás, Emma y Eliés (también por orden de aparición).

Desde hace más de 30 años publica libros y, aunque ya se jubiló como maestra, sigue trabajando con personas adultas que, como ella, están enamoradas de las palabras. A esas personas les gusta leer y escribir y dicen que con, al hacerlo seguido y con ganas, aprenden. Ella está feliz cuando se encuentra en una ronda de gente así.

Una vez pensó y dijo que escribe historias para enterarse de lo que les pasa a esos personajes que las viven, las sufren y las van piloteando como pueden. Hace un rato le preguntamos y dice que sigue pensando lo mismo.